

hace Winston del pasado revolucionario en los Archivos del Partido. La *intelligentsia* del régimen se rige entonces por «la mentira necesaria, la necesaria intimidación de las masas para preservarlas de los errores de visión a corto plazo» (id, *ibid*).

Los intelectuales, al aceptar la sumisión política, matan su sentido moral y, lo que es aún más grave, su sentido de la realidad. Dicha deserción de la realidad queda emblemática en el «doblepensamiento», retomado por Fromm como «manipulación lograda de la mente en la que una persona ya no dice lo contrario de lo que piensa, sino que piensa lo contrario de lo que es verdad. Si dicha persona abdica completamente de su independencia e integridad, experimentándose como cosa que pertenece bien al Estado, el partido o la corporación, entonces dos más dos hacen cinco» (265), aludiendo a uno de los momentos críticos de la novela.

De modo sintomático Orwell anuncia el análisis fenomenológico de Arendt, publicado un año después y decisivo en el debate político contemporáneo. Para Arendt la esencia del totalitarismo es, más allá del «terror total» que es su instrumento (emblemático en 1984 por toda la parafernalia represiva y paranoica de la policía mental), la «autolimitación del pensamiento ideológico que arruina toda relación con la realidad»: «el sujeto ideal del reino totalitario no es ni el nazi convencido ni el comunista convencido, sino el hombre para quien la distinción entre hecho y ficción (la realidad de la experiencia) y la distinción entre verdadero y falso (las normas del pensamiento) ya no existen» (Traverso, 2001: 526).

A través del «doblepensamiento» y, en la ficción, de su doloroso aprendizaje por Winston Smith durante la terrible escena de la tortura, el «super-sentido» ideológico se sobrepone al criterio de realidad, eclipsándolo definitivamente: «Cualquier cosa puede ser verdad. Las denominadas leyes de la naturaleza eran un sinsentido (...) suponían que en un sitio u otro, fuera de uno, había un mundo «real» donde cosas «reales» ocurrían. Pero ¿cómo podría haber un mundo así? ¿Qué conocimiento tenemos de cualquier cosa salvo a través de nuestras mentes? Todo ocurre en la mente» (229).

El solipsismo trágico de Winston es una toma de conciencia tanto más simbólica cuanto él mismo formaba parte del aparato represor a través de su trabajo en los Archivos del Partido, cortando «el contacto con el mundo exterior, así como con el pasado, del ciudadano de Oceania» (164). A través de su manipulación de fotos y de documentos históricos Winston reescribe la historia según las líneas directrices del Partido, contribuyendo a la desrealización total del sistema así como salvaguardando la infalibilidad del mismo. Substituyendo «nopersonas» eliminadas por la Policía mental por personajes ficticios como el camarada Ogilvy, Wins-

ton ha contribuido a la lógica totalitaria de la «desolación» (*loneliness*) en el sentido arendtiano (Traverso, 2001: 527), sentimiento de desarraigo y absoluta no-pertenencia al mundo al que se ve abocado finalmente el protagonista de la obra.

Una vez eliminado todo criterio de realidad³, los sistemas totalitarios pueden transformar efectivamente la realidad conforme al supersentido ideológico (guerra de clases o guerra de razas): campos de concentración y gulags corroboran una «lógica» mortífera denunciada a la vez por Arendt y por Orwell. En primer lugar se suspende la legalidad —«en Oceanía no hay ley» (174)—, sustituyéndola por una mística de la justicia, punto esencial del análisis arendtiano: «El terror es legalidad si la ley es la ley del movimiento de una fuerza sobrehumana, la Naturaleza o la Historia (...) cuyo fin último no es ni el bienestar de los hombres ni el interés de un hombre sino la fabricación del género humano, eliminando al individuo» (Traverso, 2001: 512).

El Estado criminal se vuelve contra la sociedad, anexionándola y aplastándola, como queda demostrado en el control absoluto que ejerce el Partido sobre la población a través de las telepantallas, *gadget* aparentemente futurista pero trasunto histórico de las escuchas policiales generalizadas, tanto en el régimen soviético como en el estadounidense. La represión ya no sanciona actos rebeldes sino «crímenes mentales» posibles, «privando de sentido tanto la culpabilidad como la inocencia» (id, *ibid*). Se trata de un análisis inspirado en la dolorosa autobiografía de su amigo Koestler: «Tenemos que castigar ideas erróneas como otros castigan crímenes, con la muerte (...) Somos como los grandes inquisidores en cuanto perseguimos las semillas del mal no sólo en los hechos de los hombres, sino en sus pensamientos» (in Steinhoff, 1976: 38).

El sujeto dócil del régimen debe saber prevenirse contra dichos crímenes gracias al *crimestop*, una «estupidez protectora» que impide percibir «errores lógicos» en ciertos planteamientos del Ingsoc y permite orientarse en el complejo mundo del «doblepensamiento blanconegro». Orwell alude aquí a otro factor básico de la reflexión arendtiana, la «banalidad del mal» y la burocratización del terror: como es bien sabido, todos los criminales nazis aludieron en Nuremberg haber seguido órdenes sobre las que no debían detenerse a pensar.

³ «La pretensión de explicarlo todo promete la explicación total del pasado, el conocimiento total del presente y la previsión certera del futuro (...) El pensamiento ideológico se emancipa entonces de la realidad perceptible (...) y afirma la existencia de una realidad «más verdadera» disimulada tras el mundo sensible (...) La propaganda del movimiento totalitario sirve para emancipar el pensamiento de la experiencia y de la realidad» (Arendt, in Traverso, 2001: 521).

La lógica del círculo vicioso totalitario en *1984* anuncia una vez más el análisis de Arendt: «Conforme a la ley de la Historia, ciertos crímenes han debido ser cometidos. Para esos crímenes, el Partido necesita criminales (...) Más importante que la persona de los criminales, es el castigo de los crímenes (...) En consecuencia, o bien [la persona] ha cometido los crímenes o bien ha sido llamado por el Partido a jugar el papel del criminal, en cuyo caso se ha convertido objetivamente en un enemigo del Partido» (Traverso, 2001: 524).

Tanto para Orwell como para Arendt, tras la destrucción de la persona jurídica viene la de la persona moral, aboliendo la historia y por consiguiente la posibilidad del martirio, culminando el proceso con la anulación de la persona humana a través de la degradación del cuerpo como modo de destruir el ser. Como dice el inquisidor del Partido O'Brien, «nosotros controlamos la vida a todos sus niveles. Te imaginas que hay algo llamado la naturaleza humana que se rebelará contra lo que hacemos. Pero nosotros creamos la naturaleza humana. Los hombres son infinitamente maleables» (222). Dicha reflexión anuncia el final desolador de la novela, en el que Winston, alienado, llora de felicidad ante el póster sonriente de Gran Hermano.

El mensaje catastrofista de Orwell, testamento al borde de la agonía, es, claro está, una advertencia comprensible en el clima tenso de la postguerra. Pero, más profundamente, coincide con el sentimiento trágico de Arendt al hacerse eco de la «ruptura antropológica» que supusieron los campos de exterminio: «¿En qué medida, pregunta la filósofa, los seres humanos que viven bajo el terror totalitario responden todavía a la representación que nos hacemos habitualmente del hombre?» (Traverso, 2001: 62). Como Orwell, Arendt denuncia en Auschwitz una verdadera «mutación de la naturaleza humana», fundamento trágico de la cultura de postguerra.

El análisis trágico de Orwell y Arendt se ha visto progresivamente sustituido por una percepción desdramatizadora autoproclamada postmoderna. Una doble dessubstancialización de Gran Hermano se opera tanto en el apocaliptismo lúdico de los *punk-rockers* –ilustrado en obras memorables como *The Wall* o *Brazil*– como en la ironía hedonista del *reality show* homónimo. Críticas a la videovigilancia y al control maquiavélico de las multinacionales sobre nuestras vidas conviven con un pasotismo despreocupado más cercano al *Mundo feliz* de Huxley.

Sin embargo el «recalentamiento» geoestratégico está sin duda redefiniendo nuestra cultura a partir de un emblema trágico, la irrupción, según el ya célebre título de Glucksmann, de Dostoievsky en Manhattan. En este peligroso momento, *1984* es, una vez más, un desafío a cierta «amnesia pro-

gramada» de todos los regímenes, tanto neoliberales como fundamentalistas o totalitarios, un «quitamiedos» del pensamiento necesario en un mundo cada vez más expuesto a las manipulaciones y a la intoxicación, ilustrando la necesidad persistente de luchar por mantener una memoria y un pasado frente al «presente continuo» informativo.

Bibliografía citada

AYÇOBERRY, P., *La question nazie*, París, Seuil, 1979.

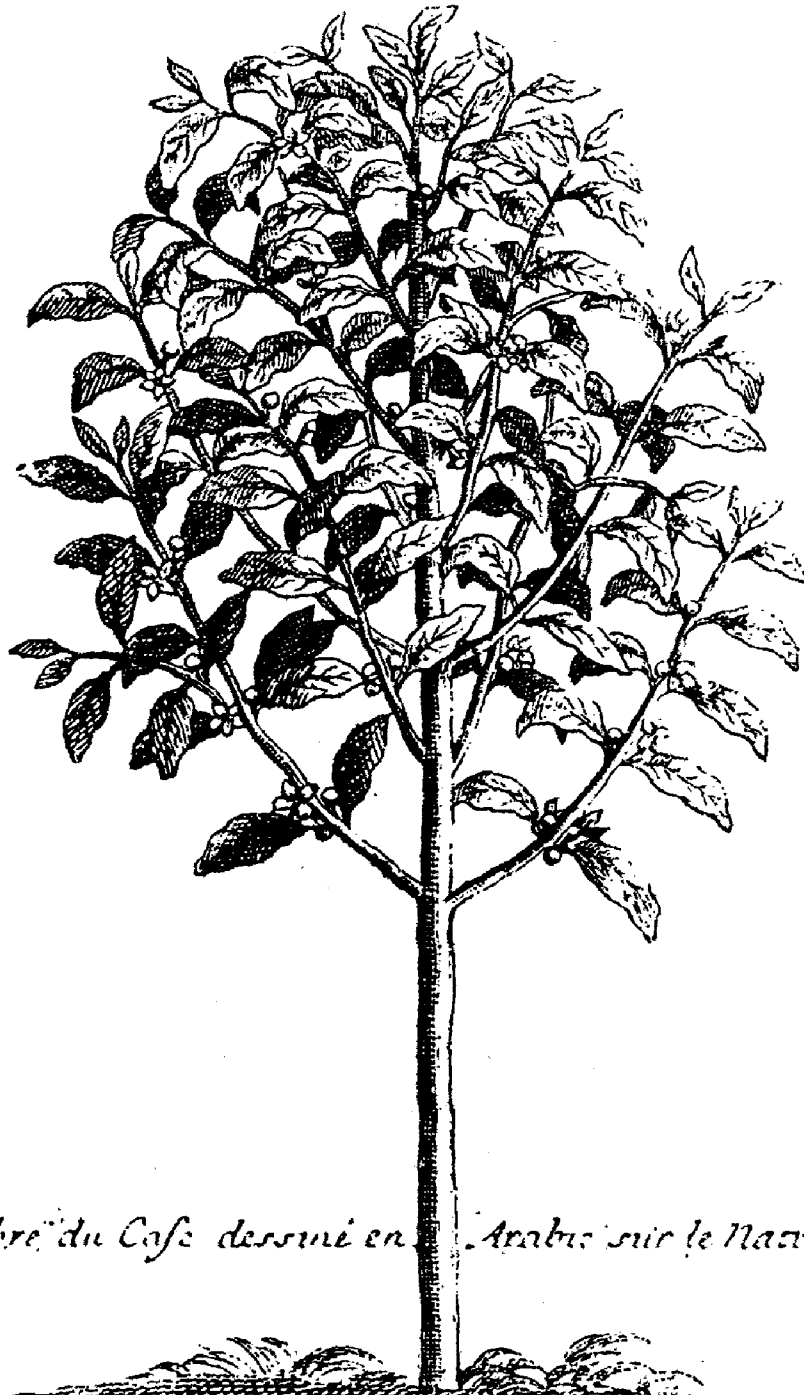
ORWELL, G., 1984, Nueva York, Signet, 1961.

STEINHOFF, W., *G. Orwell and the origins of 1984*, Ann Arbor, 1976.

TRAVERSO, E., *Le Totalitarisme, le XXe siècle en débat*, París, Seuil, 2001.



Fig. 275.



Arbre du Cafe dessiné en Arabie sur le Naturel.

J. Thomassin Sculp.